



Juan Valera

Santa
Episodio del Mahabharata

El rey de Anga, Lomapad glorioso,
a un brahman ofendió, no dando en premio
de un sacrificio lo que dar debiera.
Irritados entónces los brahmanes,
salieron todos de su reino: el humo 5
del holocausto al cielo no subía;
Indra negaba la fecunda lluvia,
y la miseria al pueblo devoraba.
Lomapad, consternado, saber quiso
el parecer de los varones doctos, 10
y los llamó á consejo, y preguntóles
qué medio hallaban de aplacar la ira
del Dios que lanza el rayo y amontona
en el cielo del agua los raudales
Mil sentencias se dieron; mas al cabo 15
el más prudente de los sabios dijo:
-Escucha ¡oh rey!, mientras brahman no haya
que sacrificio en este suelo ofrezca,
Indra no saciará la sed abriendo

el líquido tesoro de las nubes. 20
Los brahmanes, movidos del enojo,
al sacrificio no se prestan. Oye
para cumplir el venerando rito
cómo hallar solo sacerdote puedes.
En la fértil orilla del Kausiki, 25
en lo esquivo y recóndito del bosque
del trato humano léjos, su vivienda
Vinfandák tiene, el hijo de Kasyapa,
Brahman austero y penitente. Vive
en el yermo con él su único hijo, 30
el piadoso mancebo Risyaringa.
No vió á más hombre que á su padre nunca;
sólo frutos silvestres, hierbas sólo
y licor sólo que entre rocas mana,
alimento le dieron y bebida. 35
Tan inocente y puro es el mancebo
que de lo qué es mujer no tiene idea.
Manda, pues, rey, que una doncella hermosa,
vaya al bosque, le hable, y con hechizos
de amor, cautivo á la ciudad le traiga. 40
No bien sus piés en tus sedientos campos
la huella estampen, no lo dudes, Indra
dará propicio el suspirado riego.

Así habló el sabio, y su atinado aviso
agradó mucho al rey. Dinero y honras 45
prometió Lomapad á la doncella
que hábil trajese al candoroso jóven:
Pero todas miraban con espanto
de Vifandák la maldición horrible,
y exclamaban: -¡Oh príncipe!, perdona; 50
no llega á tal extremo nuestra audacia.

En tanto, iban mostrándose tan fieras
la sequía y el hambre, que perdieron
toda esperanza el rey y sus vasallos,
cuando Santa, del rey única hija, 55
vírgen por su beldad maravillosa,
modestamente se acercó á su padre
y así le habló: -Si quieres, padre mío,
yo he de intentar que venga á nuestra tierra
el jóven que no vió seres humanos. 60

Con gran contento el rey escuchó á Santa,
y al instante dispuso que una nave
se aprestára, de flores y verdura
cubierta por doquier, como retiro
feraz de bienhadados penitentes. 65
Peregrinando en ella con su hija,
fué contra la corriente del Kausiki
hasta llegar al prado y á la selva,
mansión de Vifandák el solitario.

Con discretos consejos de su padre 70
para tan ardua empresa apercebida,
Santa desembarcó, y entró en la choza
do el mancebo por dicha estaba solo.

-Dime, múni, le dijo, si te place
la penitencia aquí. ¿Vives alegre 75
en esta soledad? ¿Tienes en ella
abundancia de frutos y raices?

-Tengo, contestó el jóven; mas ¿quién eres
que como llama refulgente luces?

Bebe del agua mía: te suplico 80
que mis flores aceptes y mis frutos.

-Allá en mi soledad, replicó Santa,
al otro lado de los altos montes,
discreto de su padre, y al impulso
del corazón también, Santa la bella
al cuello del garzón echó los brazos,
y le dió un beso, y llena de sonrojo
huyó á la nave do su padre estaba. 100

Volvió del bosque Vifandák en esto,
grave, terrible, penitente, todo
desde los piés a la cabeza hirsuto.

-¡Hijo!, exclamó, ¿por qué has holgado, hijo?

Ni partiste la leña, ni atizaste 105

el fuego, ni lavaste la vajilla,
ni la vaca cuidaste ni el becerro.

Mudado me pareces. ¿En qué sueñas?

¿Qué cavilas? ¿Sabré lo que ha pasado?

-Un peregrino, respondió el mancebo, 110

estuvo por aquí, de negros ojos
sonrosada y blanca faz; en trenzas
los cabellos caian por su espalda;
en sus labios brillaba la sonrisa;

gentil, gracioso, esbelto era su talle, 115

y en suave curva levantado el pecho.

Como canta el kokila en la alborada,

así su voz sonaba en mis oidos,

y á su andar un aroma yo sentia

como el del aura en grata primavera. 120

No quiso de mis frutos, y no quiso
más sazonados me ofreció y bebida

de más rico sabor, cuya promesa

basto á embriagarme un tanto. Ciñó luégo 125

con sus brazos mi cuello el peregrino,

inclinó hacia la suya mi cabeza,

tocó en mi boca con su amable boca,

hizo un susurro pequeñito y blando,

y por todo mi sér discurrió al punto 130

un estremecimiento delicioso

por este peregrino en vivas ansias

me consumo; do vive vivir quiero;
de que se ha ido el corazón me duele;
y á hacer la misma penitencia aspiro 135
que me enseñó, para endiosar el alma
más eficaz ¡oh padre!, que las tuyas.
Vifandák contesto: -No te confíes,
hijo, en belleza material; á veces
van los gigantes por el bosque errando, 140
y toman bellas formas, con intento
de seducir á los varones píos
y perturbar su penitente vida.

Para buscar á Santa salió entónces
Vifandák, ciego de furor; y apénas 145
hubo salido, penetró de nuevo
la linda moza con furtivos pasos.
La vió el mancebo, trémulo de gozo;
corrió á ella y le dijo: -No te pares;

huyamos sin tardanza do tú vives; 150
no nos halle mi padre cuando vuelva.

Así Santa logró que Risyaringa
la siguiese á la nave. Dió á los vientos
la vela entónces Lomapad, y raudo
bajó por la corriente del Kausiki. 155
No bien puso la planta el virtuoso
mancebo en tierra, cuando abierto el cielo
vertió torrentes de fecunda lluvia.
El rey, viendo sus votos ya cumplidos,
a Risyaringa, desposó con Santa. 160

Volvió, entre tanto, Vifandák del bosque
á la choza, y al hijo fugitivo
buscó en balde doquier. Con saña cruda
de Anga á la capital marchó en seguida
para lanzar su maldición tremenda. 165
Con la fatiga á reposar paróse
en medio del camino, y miró en torno,
y vió praderas de abundantes pastos,
y ovejas mil y lucios corderillos
y pastores alegres. -¿Quién os hace 170
tan dichosos?, les dijo, y respondieron:
-El piadoso mancebo Risyaringa.
Siguió su marcha Vifandák, y hallaba
paz, opulencia, dicha en todas partes,
y cada vez que de alguien inquiría 175
de tanto bien la causa, mil encomios
escuchaba de nuevo de su hijo.
Aduló con són grato las orejas
del austero varón tanta alabanza,
y se entibió su cólera fogosa. 180
Llegó, por fin, á la ciudad, en donde
le colmó el rey de honores y mercedes;

vió feliz como un Dios al hijo amado;
vió tan gozosa á la gallarda nuera,
que como luz de amor resplandecía; 185
y en torno vió rebaños florecientes,
y amenos, verdes sotos, y el hartura
y el deleite por huertos y jardines.
No pudo entónces maldecir: las manos
elevó hácia los cielos y bendijo. 190

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

